



Entrábamos al comedor. Allí estaba mi abuela, luciendo una blancura troquelada en nieve, con su sonrisa de estuco y su aterciopelada indiferencia.

En sendos platos, junto a los cafés con leche, estaban los bizcochos que ella había elegido esa mañana para cada quien, como era su costumbre septuagenaria. Durante los seis años en que vivimos en casa de los abuelos, ésa era una de las cosas que más le disgustaba a mi padre. Eso, y que mi madre ayudara en el aseo de los cuartos de los huéspedes, no tanto porque tuviera que barrer o sacudir, como por el hecho de vaciar las bacinillas. Los brioches y los biscuits eran dignos de todo elogio, pero uno podía amanecer (o atardecer en el caso de la merienda), sin ánimos de comerlos, y sí en cambio con deseos de embeberse en el remojo de un alamar. Estos avatares de la gula, le tenían a mi abuela sin sospecha. Y bien podía mi madre seguir vaciando las defecaciones glerosas de la suegra del Secretario de Marina: para Altagracia, todo el quehacer era sagrado. Entre el arte de tejer un medallón con festones a la manera de las hermanas ursulinas, y la ciencia para curar las llagas varicosas de Rico el jardinero, no existía ninguna diferencia y sí el hilo conductor de su paciencia cristiana, donde el abuelo Francisco enhebraba sus diarias maldiciones. Menos propenso a estos desbordamientos, o acaso con menos derecho, mi padre sumergía su brioche en el desnataado café con leche, y se permeaba de convulsiones abstractas: a pesar del embate interior de las mareas biliosas, su ceño no se fruncía un milímetro.

Como es natural, esta actitud no podía ser eterna: no hay mal que dure cien años, decía mi abuelo Francisco cuando extendía sobre el césped del paño cuatro cartas gemelas, por ejemplo cuatro caballos que al pasitrote se encargarían de amadrinar su suerte. Ni cuerpo que los aguante, machihembraba mi tío Esteban, vislumbrando el bustrófedon del pocaresco festín, y por lo tanto acariciando sus fichas en señal de hasta más ver... Vivía en casa de mis abuelos su hijo menor y único varón, de nombre Felipe, y en quien mi abuelo prevía la subsistencia, de su talento político, mal tronchado según él no tanto por el accidente que lo inutilizó entre lluvia de doblones, sino por el hecho de que sus más cercanos antecesores en el árbol genealógico, sus padres, estaban trepados en ramas que se salían de los márgenes de la ley. Márgenes establecidos, en este caso, por los meridianos 86 y 117 de longitud Oeste de Greenwich, que limitaban al territorio nacional. Por ser hijo de españoles, decía el abuelo, no fui presidente de la República. Y sus amigos, sus nietos, sus yernos lo creíamos. A pesar de su estío vulnerable, de su pierna elefantíase, el abuelo tenía siempre el aspecto de una estatua ecuestre a punto de descongelarse.

—De qué me sirve —decía—, que mis padres estuvieran tan orgullosos de haber llegado a América sin un centavo partido por la mitad y hacerse aquí de una buena posición. Más les valía haberse quedado entre sus arboledas de alcornoques y maquis, o más me hubiera valido a mí, hubiera yo nacido tal vez en Arenys de Mar, y a estas horas sería un pescador feliz o el gobernante de Barcelona, pero no desde luego bajo las órdenes de ese puerco de Franco...

—¿Ya lo ve, senador? —decía mi tío Esteban: el título de senador sobrenadó a la gloria de mi abuelo y sólo escapó al epitafio—. Lo hubieran fusilado en la Guerra de España, y no estaría usted aquí jugando pócar en esta bonita tarde.

—Cuando el licenciado Portes Gil era presidente —continuaba mi abuelo, fiel a la ceniza de su habano— me dijo: señor Gobernador, si no fuera usted hijo de españoles, yo lo nombraría mi sucesor. Pero la Constitución, usted sabe...

—Abren ases —decía el exgeneral que tenía un ojo de vidrio.

—Y aquí estoy. Paso. Claro que Felipillo, eso es otra cosa.

Y veía hacia la pared. Allí, bajo la fotografía de los Dieciséis que Vencieron a Trescientos, empañado recuerdo de una ilustre refriega parlamentaria donde las palabras mostraron ser más valiosas que los grinaldes, estaba el tío Felipe, en traje de primera comunión. ¿Qué vas a ser cuando seas grande? le preguntó a Felipe su madrina en esa ocasión eucarística. Doctor, contesto. Presidente, corrió el abuelo.

—¿Cómo dice usted, senador? —preguntó el tío Esteban.

—Que paso. No tengo ases.

Pero sí, tenía un as en la mano, y lo puso sobre la mesa. Era el tío Felipe. As de diamante, facetado y pulimentado por el áspero consentimiento de Altagracia, hasta hacerle brillar de indecisiones. Una tarde, una de las muy de tarde en tarde en que merendaba con la familia, el tío Felipe descubría la ciencia económica. Las otras veces, según Altagracia daba a entender, se desvelaba estudiando con los amigos. De aquí que tácitamente se le había concedido el privilegio de ser el único habitante de la casa que tenía derecho a estirar la mano hasta la charola del pan, bañada por un haz de luz que descendía de la lámpara como un rayo de sol especialmente enviado por el Señor. El abuelo era y no era la otra excepción, ya que siempre, so pretexto de su pierna y de los dieciséis escalones que había que subir para llegar al comedor, hacía las tres comidas en lo que era a la vez su recámara, su recibidor y su despacho. Y como no le gustaba otro pan que las puchas, cuya nieve derretía en el caracas que encargaba especialmente a Soconusco, con él no había problema de reparticiones.

—La economía —instauraba mi tío Felipe (a quien desde ahora llamaré así, "mi tío", y no "el tío", a fin de no colgarle

sardinetas de sobra), mientras retiraba de la charola la mantecada que había prendido alfileres en los ojos de mi padre— es una ciencia fascinante —continuaba, y bajando el tono al mismo tiempo que bajaba el papel estriado de la mantecada, como quien pela un plátano, agregaba—: demasiado grasosa.

—¿Grasosa? —se atrevía a preguntar mi padre. Y Estefanía y yo intercambiábamos un reojo de inteligencia.

Por supuesto, mi tío no hablaba de la ciencia económica que atañía a su peculio, y en la cual era ya un experto. El dinero que pagaban el doctor nicaragüense graduado en Lyon, el comerciante en sedas que venía de Kyoto, el miembro de la policía montada del Canadá que veraneaba en México, un vendedor de vinos y una corista, entre otros, por vivir en la todavía elegante Colonia Roma, y disfrutar de un jardín con kiosco emparrado, muebles franceses y una o más comidas al día, era administrado por Altagracia. De allí salían los habanos de mi abuelo, los delantales de Flavia y los gemelos de oro de mi tío Felipe. Como es de suponerse, mi padre también contribuía al presupuesto de la casa: Altagracia le había fijado una cantidad en cuyo centro de gravedad se contrarrestaban todas las fuerzas con una vertical dirigida al corazón. No era tan alta que mi padre pudiera hacer valer sus derechos disyuntivos frente a la charola del pan, ni tan baja que no pudiera aspirar a rebelarse el día menos pensado. Pero indudablemente ése no era el día oportuno.

—¿Sabían ustedes? —preguntaba mi tío Felipe a la vez que desechaba la mantecada mordida— En el Valle del Yangtzé se cultiva una fibra muy importante que se llama ramio...

—¿De veras? —decía mi padre, y enrollaba su servilleta para meterla en el aro de plata.

Altagracia manifestaba su asombro de manera indirecta:

—Andale, Felipe, prueba otra mantecada, una que esté menos grasosa.

—El café está helado —decía mi tío Felipe.

Mi padre se levantaba.

—Provecho. Compermiso, señora.

Altagracia tocaba el timbre que pendía de la lámpara, y, como siempre que lo hacía, demostraba la poca confianza que le inspiraba el artificio, porque gritaba al mismo tiempo:

—¡Flavia, Flavia!

La pera del timbre penduleaba el tiempo suficiente para que mi padre se retirara del comedor y llegara Flavia.

—Caliente el café del señor Felipe.

—Y cuélelo —decía mi tío.

Esto era apenas el principio de una avenida. A partir de entonces, y durante las pocas comidas que mi tío honraba con su presencia, se encargaría de hacer caer a los comensales en

una red de meridianos y paralelos que comprendían desde las taigas canadienses hasta los mares epicontinentales. Descubiertas por él las maravillas de la geografía económica, las develaba entre cucharada y cucharada de sopa juliana. “Ya tenemos para rato”, comentaba mi padre para así, y tenía la razón: un río verbal se iniciaba con los primeros vientos de febrero, y arrastraba consigo lo mismo camisas de Lancashire que bisteces un punto menos que crudos; yacimientos petrolíferos que espagueti en mala hora cortado a trochemoche por Flavia, porque mi tío Felipe, además de gustarle la geografía económica, prefería los bisteces bien dorados, y los espaguetis cuan largos eran para darse el gusto de enmadejarlos con desenfado napolitano. Hacia los reflejos de octubre, su entusiasmo se remansaba en alvéolos profundos, y se anchuraba hacia otras planicies. Corriente arriba, y siguiendo las volutas de la oferta y la demanda, navegaban los duopolios y los oligopolios, semicabrones de la teoría económica que no congeniaban con mi tío.

—Te tocan a ti las gotas de la felicidad —le decía Altagracia a mi tío Felipe en la fiesta de San Silvestre, y servía las últimas treces gotas de la última botella de sidra en la copa donde se trasparentaba ya la flama azul de los mecheros de Bunsen.

